

El Junco Chino

Cuando llega en China la época de las altas aguas, los "juncos" pintorescos que aún surcan el río Azul, rara vez caminan por medio de remo o vela. La corriente es tan violenta entonces, que hace necesario un equipo de haladores que remolque la embarcación desde tierra... Como la maniobra es rápida, los equipos o cuadrillas de haladores se relevan con frecuencia, formando grupos de hasta doscientas personas —hombres, mujeres y niños— que tiran con gran destreza, de la sirga.

Generalmente, estos equipos están compuestos de una treintena de individuos, más un jefe o capataz que grita y amenaza para estimular a los menos animosos; pero su función termina ahí. El jefe del equipo jamás tira del cable que arrastra el "junco".

Al lado del capataz va siempre un sujeto especial, cuya función consiste en librar la sirga o maroma cada vez que un obstáculo cualquiera se interpone entre la embarcación y la orilla, paralizando así la acción de los haladores.

El hombre encargado de librar la cuerda sigue a sus compañeros a distancia, casi desnudo, siempre dispuesto a intervenir, a arrojar al agua en todo momento, luchando a brazo partido con los altos y espesos cañaverales, escalando los arrecifes más abruptos, volviendo de sus heroicas misiones con las manos y los pies detrozados, cubierta la epidermis de arañazos y heridas.

En el equipo del viejo Lou, el joven Tchang era el encargado de la ruda tarea que acaba de ser descrita. Como no se le había juzgado lo suficiente robusto para ser admitido entre los que tiran del cable y era, en cambio, muy ágil e inteligente, dábale el caso de reunir

Tchang todas las cualidades necesarias para ejercer cargo tan temerario y audaz.

Cuando sus camaradas le vieron temblar, creyeron que era de pavor; pero Tchang sabía bien que ese temblor obedecía a una inquietud motivada por la fiebre y el rastreo. Así, pues, soportó sonriente las bromas de los fuertes y de los grandes sin enfadarse jamás, pues conservaba la esperanza de poderles demostrar cuán equivocados estaban estos rudos haladores que se burlaban de él.

Un día que el "junco" surcaba pintorescamente el río Azul por mitad de su gran cauce, se enganchó la sirga en la punta de un peñasco que emergía del agua a regular altura y a gran distancia de la escarpada ribera. La maroma quedó sólidamente retenida, presa, sujeta por las enormes tenazas de granito e inútiles fueron todos los esfuerzos que los membrudos haladores chinos hicieron por retirarla.

La intervención de Tchang se hacía inevitable. Ya se había despejado de su blusa verde y entraba en el agua; pero las corrientes y contracorrientes levantaban olas impetuosas, formando remolinos donde el temerario que se aventurara a intentar el cruce perecería irremediadamente. El río Azul, magnífico en su furor, rugía y se encrespaba de una manera inconcebible. Más que por los elementos de la Naturaleza, parecía impulsado por un monstruo fluvial de esos que suele producir la acalorada fantasía de los poetas de Oriente.

Ningún hombre, por valiente y diestro que fuese, podría ganar a nado el maldito arrecife que se alzaba a cien metros de la crilla. En tanto, al otro lado de la roca, el "junco" estaba quieto, arrastrado por el descenso vertiginoso de las

aguas que tiraban con furia del cable tensa, amenazando con arrancarlo de las manos membrudas de los haladores.

La embarcación llevaba a bordo un alto dignatario chino, mercader de oro y coral, y a su bellísima hija, graciosa y frágil como sus muñequita, la que había entrevisto Tchang aquella mañana mismo, al tiempo de embarcar y bajo el beso tibio del primer rayo de sol. ¡Cómo lo envidió Tchang!

Era necesario apresurarse.

—No seas loco, muchacho; tú no podrás ganar jamás esa maldita roca que va a ser la perdición del "junco" y sus tripulantes —díjole el viejo capataz Lou, muy agitado y poniendo una mano en el hombro de Tchang, el cual había tenido que regresar a la orilla, después de un ensayo infructuoso.

—A nado, no, respetable jefe; pero ya he ideado otro medio—respondió el muchacho— Mire: que tiren los haladores de la sirga con todas sus fuerzas y yo me deslizaré por ella como un acróbata hasta llegar al peñón...

Bien pensado, Tchang; pero dime, ¿cómo vas a volver luego tú?. La sirga es lo único que te une con tierra y una vez soltada quedarás abandonado sobre la roca que te servirá de estrecha prisión.

—¡Bah! Lo que importa ahora es salvar el "junco"; luego ya veremos...

Y Tchang no se detuvo y pensarlo más, probando así el verdadero heroísmo, que razona poco y no renuncia a la esperanza jamás.

Del puente de la embarcación, en peligro inminente de ser arrasada por las olas, llegó un toque angustioso de trompeta en demanda de auxilio y de socorro. La cuerda no podía resistir mucho tiempo: rozada y mordida por las aspere-

zas de la roca, no tardaría en romperse y el "junco" arrastrado iría a estrellarse sin remedio contra cualquier arrecife.

—Es preciso poner en práctica lo que dices, muchacho—exclamó el viejo Lou, emocionado por primera vez en su vida.

—Estoy presto—respondió Tchang con serenidad.

El capataz ordenó tensar la marama a los haladores y Tchang de un salto quedó suspenso sobre la sirga, deslizándose por ella a través del varío con peligro de su vida, hasta que sintió bajo sus pies descalzos unos metros de piedra. De un tirón brusco, violento, libró el cable de los dientes de granito que lo retenían. El "junco" y los haladores sufrieron una conmoción brutal. La maniobra, rapidísima, apenas si había durado dos minutos. La embarcación estaba salvada y en libertad.

Renació la tranquilidad perdida. El "junco", fijo a su hilo conductor, persiguió su marcha con lentitud sobre los torbellinos de agua y las lenguas de sucia espuma que lamían el barco con furor.

Tchang comprendió entonces que sobre aquel islote minúscula, cubierto de puntas aceradas, estaba algo peor que abandonado. Tratar de ganar a nado la orilla, hubiera sido empeño vano, pues las aguas del río Azul enfurecidas le hubieran sepultado al instante en sus abismos.

El valiente muchacho, héroe infeliz de aquella peligrosa aventura, a la vista del "junco" y los haladores que se alejaban sin que nadie se preocupara de él, comprendió que no le quedaba otro remedio que morir.

Mas no sintió terro alguno al pensar que había llegado su última hora. Los chinos que nacen al borde del río Azul, viven de él y saben que tarde o temprano han de morir por su causa. La muerte no les espanta, para ellos es simplemente un acontecimiento natural, un poco

Actualidad Española



DELEGADO DE LA O.N.U., EN
MADRID

El delegado de Colombia en la O.N.U., señor Urdaneta, a su llegada a Madrid acompañado de su esposa.

más importante que los demás. Eso es todo.

Pero la imaginación de Tchang está lejos del peligro y del islote malhadado. La vista del muchacho sigue al "junco" que se aleja más y más. Allí va la hermosa hija, graciosa y frágil como una muñequita, el tesoro más preciado del mercader de coral. ¡Cómo recuerda sus trazos, suaves, delicados, mórbidos, que él viera aquella mañana bajo caricias de sol!

Mirando, mirando en dicha dirección advierte que la embarcación se para de pronto y que sobre el puente reina una actividad febril. Inmediatamente logra distinguir que los haladores cambian de dirección y cada vez se aproximan más a él. Mas, ¿cómo ha sucedido cambio tan insólito como inesperado? La gran barca se acerca progresivamente a la roca de Tchang.

Los remolinos amainaban su furia y el curso del río Azul volvía a quedar tranquilo. La proa del barco cada vez estaba más cerca.

—¡Por Confucio! Esto es un milagro... Los haladores han logrado hasta aquí vencer la enorme resistencia de la corriente y las olas...

Que todo aquello parecía cosa de milagro, era verdad; pero no había nada de sobrenatural en ello. La causa única de aquel cambio había sido la graciosa y frágil muñequita que Tchang viera en la mañana, hija del alto dignatario chino y rico mercader de coral. Había presenciado el valiente arrojo del muchacho, su abandono sobre el abrupto peñón y su alma caritativa, tan bella como su rostro, no pudo soportar acción tan cruel. ¡Qué falta de humanidad! A fuerza de súplicas y lloros, logró que su honorable padre ordenara intentar la salvación de aquel muchacho infeliz, a quien todos debíanle la vida.

Bien dirigida la maniobra, el "junco" llegó por fin a la altura de la roca que retenía a Tchang; pero la corriente y los escollos impedían acercarse un tanto a la embarcación. Afortunadamente, uno de los marineros lanzó a Tchang un cordel, el cual lo ató en seguida a los salientes del peñasco, tirando luego con fuerza desde el "junco". Minutos más tarde el ágil acróbata estaba en salvo sobre el puente de la barcaza, por el mismo procedimiento que había empleado para salvar a los demás de una muerte segura.

El acaudalado chino comprendió en todo su valor el magnífico gesto del muchacho huérfano y lo admitió a su servicio, dándole más tarde la esmerada educación que merecía.

Tchang *el audaz* es hoy un notable personaje en China, que tiene un palacio pintoresco en las márgenes risueñas del río Azul.

¡Milagros de la suerte y del amor! ¡Tan bonito asunto para un biombo oriental!—J. S. D.